

ARIEL GONZÁLEZ JIMÉNEZ

Ariel González

Jiménez nos

muestra en este

artículo cómo la

radio, en los

comicios del 2 de

agosto de 1992,

pretendió realizar

un *happening*

basado en un

principio de

competencia

irracional entre las

diferentes

frecuencias, y en

una absurda e

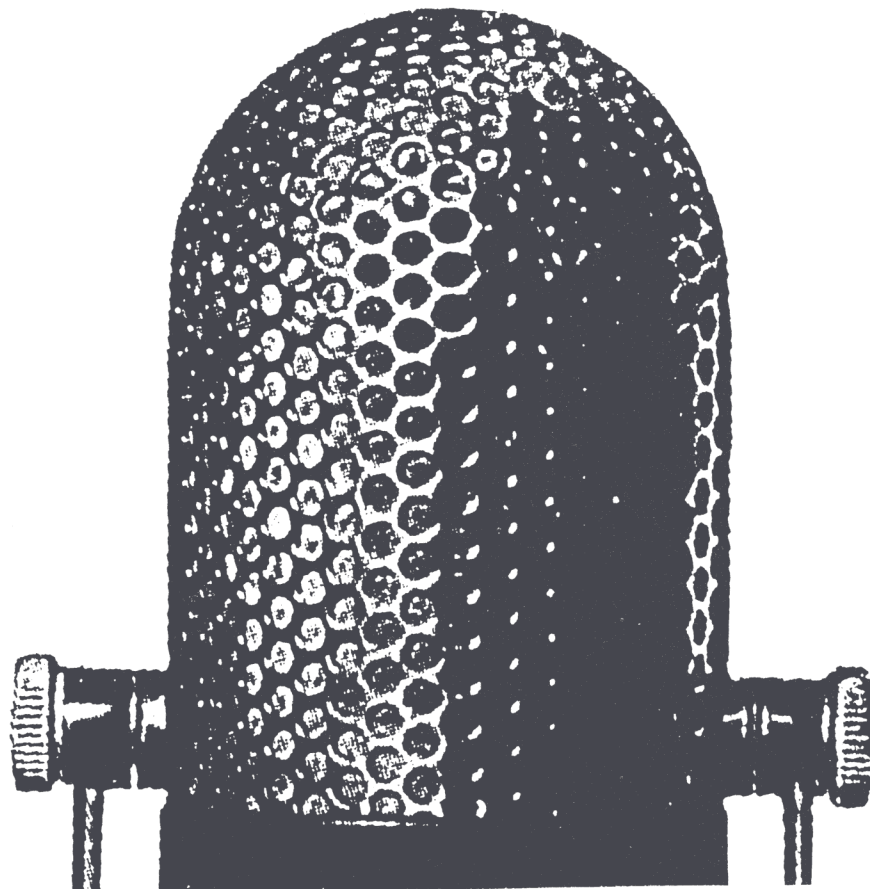
improcedente

desvalorización de

la realidad.

DEMOCRACIA Y NEBLINA RADIOFÓNICA

LAS ELECCIONES
DEL DOS DE AGOSTO
ESCUCHADAS DESDE LA RADIO



ARIEL GONZÁLEZ JIMÉNEZ
ECONOMISTA. PROFESOR DE LA
FACULTAD DE ECONOMÍA DE LA
UNAM Y COLABORADOR DE *EL
NACIONAL*.

Tienen siete tipos de nieblas (hablo de las principales) y basta con el tercero para que no puedas ver el caballo sobre el que estás montado. La siguiente es tan espesa que parece que ha sido uno arrebatado por una avalancha de arena blanca. Para saber si son nieblas verdaderas hay que observar si siguen el viento. Si no, son nieblas mágicas. Pero puede ocurrir que el viento también sea mágico. Lo digo porque esto puede parecer una objeción. En realidad un mago no produce al mismo tiempo niebla y viento, ignora la causa. Su niebla bastaría para volver loco a cualquiera. Esa total ausencia de referencias[...] se ve una hoja, una pata, un hocico, pero es imposible reconocer el arbusto, el animal.

Henri Michaux, *En otros lugares*.

Detrás de las frecuencias radiofónicas que sirven de entorno comunicativo a nuestro tránsito político —un tránsito del que no debe dejarse de hablar si se asume la potencial perfectibilidad del sistema de acuerdo y consenso a que aspiramos—, se ha venido formando un espacio nebuloso y confuso que es preciso examinar a la luz de las contribuciones y limitaciones de la radio en el (largo) camino de asentamiento de las normas y reglas democráticas.

Una primera aproximación a este tipo de análisis nos la ofrece sin duda el examen del desempeño de la radiodifusión en las jornadas políticas más álgidas para cualquier régimen democrático: las elecciones. Para nuestro país, la dimensión y significado de los procesos comiciales ha variado profundamente en los años recientes. De ser un conjunto de rutinas asimiladas por la costumbre, preconcebidas en su formato y hasta en sus resultados, las elecciones han pasado a ser un cada vez más intenso y sorprendente ejercicio de derechos y aspiraciones ciudadanos.

No obstante, y contra lo que *prima facie* pudiera suponerse —habida cuenta de la enorme publicidad de ese lugar común que pregona su gran apertura y receptividad ante la dinámica sociopolítica, muy superiores, se dice, a las de la televisión— la radio no ha sido un acompañante especialmente ejemplar para los eventos político-electorales de mayor trascendencia. Viendo por el cerrojo de las cabinas radiofónicas y escuchando los múltiples comentarios, entrevistas y pronósticos ahí transmitidos sobre las pasadas elec-

ciones del 2 de agosto, es posible advertir el divorcio y profunda distorsión que prevalecen entre las ondas hertzianas y el impulso democrático.

LA OPOSICIÓN EN LA RADIO

Antes —no hace mucho, con todo— se hablaba de su ausencia, del escaso o nulo acceso de las voces de la oposición en la radio mexicana. Fincando en este argumento la elaboración de sus políticas de comunicación, muchos canales de radio fueron incluyendo —como una necesidad creciente del tipo de competitividad que desde entonces se estableció entre las radiodifusoras— más y más programas destinados a la llana exposición de los puntos de vista opositores y al debate en vivo con los representantes del partido en el gobierno. Así, el paisaje radiofónico apareció un buen día poblado de un sinnúmero de transmisiones cargadas de todo aquello que, se suponía, interesaba a los grandes públicos en materia de política.

Formalmente ello no podía ser —y no lo fue, salvo para quienes pensaban que las discrepancias con el gobierno no debían tener cabida en la radio— contraproducente respecto al ambiente de *estallido democrático* que vivió el país después del 6 de julio de 1988. El momento, febril si se quiere, justificaba o hacía mirar con indulgencia los probables —aunque en otros casos comprobados— excesos cometidos durante el *asalto* a la radio. Después vendría la reconstitución crítica de lo que había sido arrasado; la *Bastilla* que se pensaba era la radio, sería convertida en un palacio de la crítica y la pluralidad. Una radiofonía por y para la democracia era la promesa implícita de todo cuanto se vivió en la fase inmediata del tránsito mexicano.

Unos años después podemos decir que no ha sido así. Los distintos episodios electorales del 2 de agosto nos muestran un panorama en donde artificialmente han sido confundidos los rasgos fundamentales del papel que un medio como la radio debe tener ante el juego democrático. En este sentido, lo primero que salta a la vista es la marcada propensión de la radio a destacar las acciones y declaraciones de los partidos de oposición, dentro de un esquema que no concede ninguna oportunidad al re-

conocimiento del multipartidismo y a una cultura democrática sólida. La anulación sistemática de todo cuanto pueda significar tránsito pactado, guiado por el diálogo y entendimiento racionales, fue el tono de muchas de las notas informativas y de pretendido análisis que se transmitieron por la radio el pasado 2 de agosto.

Ese día —como otros donde las elecciones son el gran suceso político—, la radio generó una expectación auricular que hacía hincapié no en los aspectos sustantivos y verdaderamente determinantes de las jornadas en cuestión (aquellos que proporcionan elementos de juicio y dan soporte a la interpretación y actuación del público radioescucha, que también puede ser elector en ese momento), sino en la factibilidad y espera de grandes desencuentros, hechos reprochables y resultados dudosos.

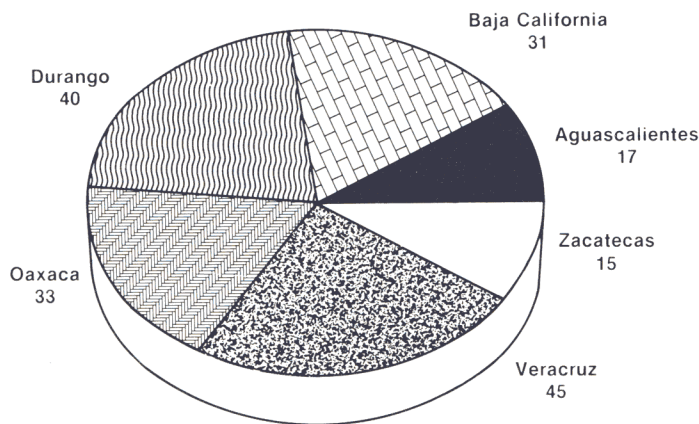
De esa forma, más que dar cuenta del *estado de las cosas* o de un ambiente determinado (originado por la concurrencia de factores diversos), la radio mexicana se abocó, inconscientemente en cierta medida y decididamente en otra, a la preparación de un marco donde cabía esperar ‘‘a, b y c’’ (consultando básicamente a los partidarios de estas constantes) pero jamás x, y o z (aborrecibles variables cuya aparición podía representar solamente antidemocracia).

Desglosando de manera preliminar un muestreo de datos concernientes a la orientación de las notas dedicadas por la radio tanto al conjunto de la oposición como al Partido Revolucionario Institucional durante las elecciones del 2 de agosto, es posible distinguir (de acuerdo con las gráficas 1 y 2) la abrumadora presencia de mensajes (en sus variadas presentaciones) que favorecían sobradamente a la oposición.

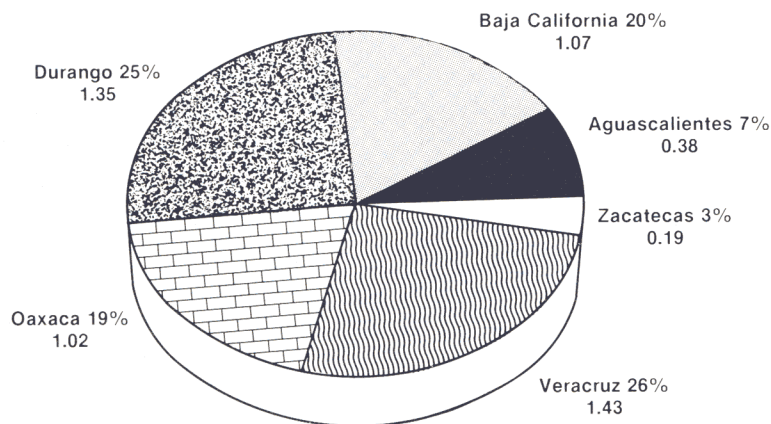
UNA RADIO QUE VOTA

El contenido básico de estos mensajes difundidos por las principales radiodifusoras incluyó, además de los puntos de vista de reconocidos personajes de la oposición y de miembros del clero (a partir de las recientes modificaciones legales sobre su participación en los comicios), la reseña de presuntas irregularidades. Asimismo, se puso de relieve la escasa participación en algunos estados;

RECEPCIÓN DE LA RADIO EN LOS PROCESOS ELECTORALES

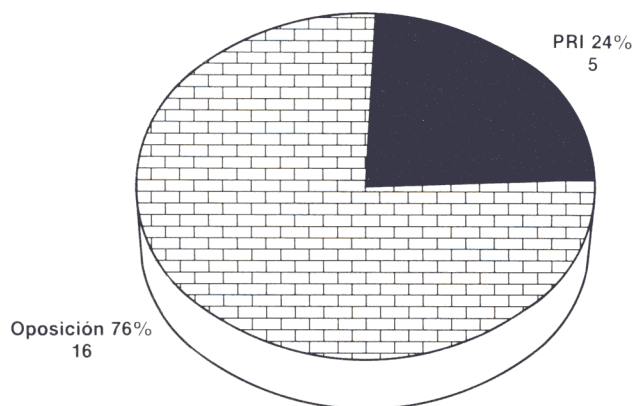


Número de notas durante el 2 de agosto



Tiempo de las notas del 2 de agosto (calculado en horas y minutos)

Notas a favor durante el 2 de agosto



FUENTE: Dirección General de Radio, Televisión y Cinematografía.

Oaxaca, sin duda, fue el más señalado por su abstencionismo, aunque no se abundó mayormente en las posibles causas (entre las que se encuentran su accidentada geografía municipal y, consecuentemente, electoral) y mucho menos en la obvia corresponsabilidad de todos los partidos al respecto.

En cuanto al tiempo y número de notas dedicadas a cada una de las entidades donde se efectuaron comicios, el muestreo consultado (cuadros 3 y 4) indica una atención central de la radio hacia los comicios en Durango y Veracruz. Cada uno de estos procesos electorales —que en conjunto significaron el 46.9% de las 181 notas registradas— fueron inscritos dentro de un panorama donde el cuestionamiento de los alcances de la modernización política fue la nota distintiva, aprovechando sobre todo la secuela de los comicios de Michoacán y particularmente el forcejeo ulterior por el cotejo de actas electorales. Esta tendencia puso de manifiesto al mismo tiempo las expectativas puestas en la animosidad política que se preveía para Durango y Veracruz; de ahí la inmensa cobertura que alcanzaron las elecciones en estos estados.

El *happening* en que la radio pretendió convertir los comicios del 2 de agosto partía de un principio de competencia irracional entre sus diferentes frecuencias, y de una absurda e improcedente desvalorización de la realidad. En el mercado de la información política, lo que tiende a cotizarse alto —según este manejo de la radio— es lo de mayor impacto sonoro, lo más cercano al sensacionalismo; se ofrece, pues, un producto digerible rápidamente, concluyente en extremo, aderezado necesariamente de cuantas frases son necesarias para despertar o al menos sugerir en los radioescuchas esa hilaridad que garantiza un mayor *rating*.

Pese a todo, este instinto de la radio no inventó el interés de la población por los procesos electorales de Durango y Veracruz (comprensible por la alianza PAN-PRD en el primer caso, y por la confrontación de dos figuras reconocidas en el segundo). Lo que quiso hacer la radio fue explotar este legítimo interés a la manera de quien aguarda en un cruceo la posibilidad de que atropellen a alguien. Las entidades en cuestión conformaron

LA RADIO EN LOS PROCESOS ELECTORALES

Notas en contra durante el 2 de agosto

este crucero y buena parte de los micrófonos de las emisoras, por consiguiente, se apostaron en él.

Escuchadas desde la radio, las contiendas electorales adquirieron un peso harto desigual. Y no sólo por el gran espacio concedido a algunas de ellas, sino por la intencionalidad desplegada, demostrativa de la convicción de que cuanto más se reflejara una visión unilateral pero opositora, más se beneficiaba el vínculo radio-democracia. Al final, lo que en términos generales se nos quiso mostrar fueron unos comicios "de primera" (donde los sucesos podían precipitarse en el sentido que apuntaban algunos gurús del fracaso de la convivencia democrática) y otros "de segunda", en Zacatecas y Aguascalientes (donde todo aparentemente carece de importancia porque, imagínense "amigos radioescuchas", la gente prefiere votar mayoritariamente por el PRI). Y entre estos dos también hubo unos que tuvieron una buena cobertura, pero que por estar en buenas manos (las blanquiazules) no tendrían queja *a priori*: los de Baja California. Ahí, los cambios operados en la realización de las elecciones —la implementación de la nueva credencial de elector, centralmente— y la imagen fortalecida del gobernador opositor Ruffo Appel, sirvieron de ejemplo a los medios de lo que son unas jornadas electorales bien organizadas, limpias y ampliamente concurridas. (Soslayando, desde luego, incidentes como el de la detención de varios encuestadores de la empresa Opinión Profesional y las sucesivas palizas de la policía de Ruffo a la oposición priísta.)

Preocupada principalmente por exhibir el espectáculo de la confrontación interpartidista, esperando no a Godot sino a los fantasmas más conocidos que rondan nuestros frágiles procesos electorales, la radio emitió un voto favorable a la indiferencia en muchos casos y a la dubitación y sospecha colectivas en otros; al recelo y no pocas veces a la intolerancia. La radio votó.

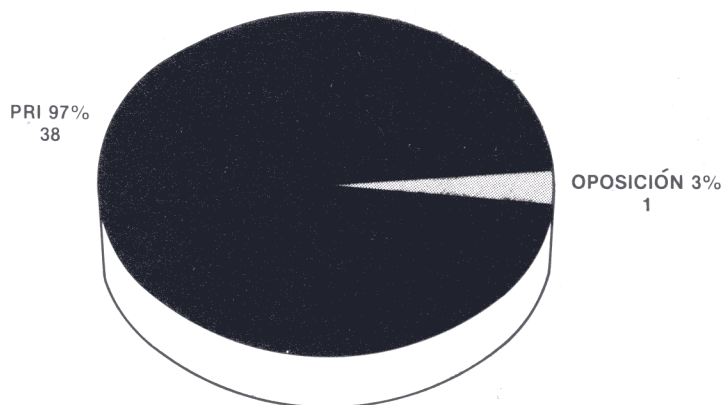
OTRAS (POSIBLES) FRECUENCIAS

¿Es la anterior la única y mejor actuación que puede tener la radio como caja de resonancia de la cultura democrática a que aspiramos? ¿Tiene un valor demos-

trativo del grado de avance democrático en el país este tratamiento irregular de los asuntos electorales? Creo que no. Lo que en un principio fue una anhelada y encomiable novedad en la radio —la presencia de diversos sectores de oposición, no exclusivamente partidarios— no ha madurado hacia lo que debe ser hoy por hoy la representación de un debate político con nuevos y más fecundos derroteros. Se padece en la radio una interferencia cada vez más marcada por una recepción estereotipada de las polémicas partidarias, plagada de lugares comunes (que al aire adquieren otro *status*) y de la compulsiva necesidad de un *rating* fácil. Cada entrevista, cada información política o comentario, se resumen en dialectos que se pronuncian sin buscar jamás la comprensión de otros —igualmente tribales y locales, si se quiere.

A lo ancho del cuadrante podemos contabilizar una cantidad nada despreciable de programas destinados al debate político. Las frecuencias experimentan desde hace tiempo un culto por la saturación que se denomina polémica, pluralidad o simplemente apertura, pero cuyo resultado inmediato —y más duradero— no es la comprensión cabal de los procesos políticos, ni tampoco la conciencia generalizada sobre los problemas que la sociedad enfrenta, sino el tedio y una especie de perplejidad desmovilizante.

En la reconstrucción radiofónica de las elecciones del 2 de agosto, nadie le pudo haber pedido a las emisoras una absoluta y completa objetividad; sin embargo, era de esperarse que la multiplicación



de visiones y perspectivas sobre estos comicios deviniera en algo más que la mera confusión y desaliento propuestos. Piénsese entonces en las bondades y potencialidades naturales de un medio como la radio (para la generación de un ambiente reflexivo) que se han estado desperdiciando. Su carácter idóneo, apegado casi exclusivamente a la palabra, separado de la cosmética tan cara al televisor, ha sido sacrificado en aras de un entrecruzamiento estéril de puntos de vista en los que hace tiempo ya no existe la revisión autocrítica y que, en consecuencia, únicamente se repiten frecuentemente en forma de enconos personales.

La víctima principal de esta obnubilación radiofónica no es, ni con mucho —y no es lo que se ha querido demostrar aquí—, el Partido Revolucionario Institucional (que a fin de cuentas no ha sufrido la erosión deseada por sus antagonistas). La verdaderamente lastimada con este comportamiento de la radio que no intenta captar el tránsito político en toda su complejidad y riqueza es la convivencia democrática.

El mejor ejercicio democrático de la radio hoy puede consistir en dimensionar correctamente —con base en el análisis y en el intercambio efectivo de razones y planteamientos— la participación de los diferentes actores que intervienen en la vida política nacional, sin prejuicios ni exclusión. Se pasaría, así, de la propaganda a la reflexión; cesaría el ensordecimiento de las posturas y la ruidosa exposición de verdades absolutas. Pero sobre todo, la civilidad democrática se vería a salvo de muchas nieblas.